

NIETZSCHE

EL CONTENIDO DEL *CREPÚSCULO DE LOS ÍDOLOS*.

Pertenece al último período de su vida. Fue escrita el 1888, junto con *El Anticristo* y *Ecce homo*. A finales de ese mismo año aparecen en él signos evidentes de locura y a principios del año siguiente es ingresado en un clínica de Basilea. Es el tercer escrito contra la moral. El primero es *Más allá del bien y del mal*, es lo mismo que más allá de lo verdadero y de lo falso, y al revés: el problema gnoseológico se presenta como el reverso del conocimiento de la problemática moral. El segundo, también destructivo, es la *Genealogía de la moral* en el que afirma que el cristianismo es fruto de un resentimiento, la conciencia no es la voz de Dios en el hombre, sino el instinto de crueldad vuelto hacia atrás, y el sacerdote es el terrible poder del ideal ascético, el ideal nocivo por excelencia.

El crepúsculo de los ídolos o la manera de filosofar con el martillo, es el tercero. Supone una declaración de guerra contra los «ídolos eternos a los aquí se les conmueve como con un diapasón... el ídolo de la portada designa sencillamente lo que hasta ahora se ha llamado verdad. Ocaso de los ídolos significa en lenguaje llano que la antigua verdad está llegando a su fin». El nombre, tomado de una ópera de Wagner, significa que ya no hay dioses, sólo hay deidades falsas veneradas por toda la humanidad. Wagner es para Nietzsche en la música, lo que Schopenhauer en filosofía. De Wagner se distancia por la aproximación de éste al cristianismo; desde entonces dirá de él que es un "decadente corrompido y desesperado..." Cuando Wagner le envía su obra *Parsifal*, Nietzsche contesta con su obra *Humano, demasiado humano*.

Las consecuencias son obvias. Toca a su fin «casi toda la moral que hasta ahora se ha enseñado, respetado y predicado». Esa moral iba contra los instintos de la vida y representa una condena de tales instintos y toma a Dios como enemigo de la vida. La moral que aquí ofrece Nietzsche es una moral presidida por el instinto de vivir. A esta obra seguirá el *Anticristo* cuya tesis será la necesidad de aniquilar la gran maldición que es el cristianismo, una religión que interpretó mal a su fundador, empezando por Pablo.

En cuanto obra filosófica, al pertenecer al último año de lucidez, significa que es una de sus obras más maduras. Se propone destruir toda huella de idealismo: sólo existe el mundo real, el mundo del espacio y del tiempo, el mundo de los sentidos.

El género literario que emplea es el aforístico (aforismo es una sentencia breve y doctrinal). Son sentencias que tienen una relativa unidad lógica. Se intenta decir con "frases" lo que otros hacen en libros enteros. En la crítica a la filosofía señala dos graves errores:

- minusvaloración de la realidad, de esa realidad que es devenir, cambio. Se ha rechazado el mundo real para afirmar un mundo imaginario, al que los filósofos llaman real.
- confusión entre lo último y lo primero: los filósofos se han guiado por conceptos generales (que son vacíos, no son conceptos ni nada) y de esta manera llegan al supremo concepto, el más general: Dios. Ese concepto es lo último (lo más vacío, lo más general) y es puesto como lo primero (como la base de todo)

Conclusión:

- a) hay que poner en entredicho la ontología (el concepto del ser).
- b) lo que se ha llamado aparente es real.
- c) lo que se ha tenido como verdadero (intemporal, eterno, Dios) es pura invención.

GARCÍA – MAURIÑO, José María (1999): *Nietzsche: El crepúsculo de los ídolos, Verdad y mentira en sentido extramoral y La Gaya ciencia*. Ediciones del Orto, Madrid. pág.19-20.

SÍNTESIS DE SU PENSAMIENTO.

El filólogo y filósofo Nietzsche, el ávido lector y perspicaz observador Nietzsche, tuvo en su filosofía grandes influencias de grandes movimientos y de algunos autores concretos. Es notoria la influencia del aristocratismo típico del clasicismo griego; claro el influjo del irracionalismo del movimiento romántico; reconocida por él mismo la impronta de su maestro Schopenhauer en su concepto de "voluntad"; más discutida la herencia ilustrada.

En cualquier caso, nos encontramos ante una filosofía que tiene desde sus comienzos un claro objetivo: afirmar la vida, exaltar los valores genuinamente vitales, celebrar la alegría de vivir, que no es más que resaltar por encima de todo la "voluntad de poder" (el instinto, la intuición, la fuerza creadora).

Claro que esa afirmación vitalista choca frontalmente con la cultura predominante en Occidente desde hace casi dos mil años. Una cultura que filosófica, científica y religiosamente, ha optado por presentar la vida humana como una realidad de segundo orden, dependiente de otra más verdadera y luminosa que es la realidad ideal -de las Ideas, de las Verdades o de Dios - Y esto, para Nietzsche, es un falseamiento que hay que deshacer.

Desenmascarar esa ocultación pasa por desenmascarar el falseamiento moral e intelectual vivido en Occidente; por desenmascarar la sumisión de los hombres a un falso Bien que ha suplantado al verdadero -el que afirma la vida- y a una falsa Verdad - la que afirma ese "otro mundo"-.

Retornar al verdadero Bien y a la verdadera Verdad pasa por la transvaloración de todos los valores. Y para esa transvaloración es imprescindible dar muerte a Dios -al creador de los valores- hasta suplantarle, hasta acceder nosotros mismos a ejercer el papel que él desempeñaba: crear valores. Pero es igualmente imprescindible dar muerte al tiempo lineal que todo lo devora y, a través del instante, afirmar el continuo y eterno retorno de lo igual.

Ambas "muertes" serán el pórtico por donde entrará el superhombre. la nueva forma de ser hombre (más que hombre), el niño desprejuiciado y espontáneo que juega en la vida, el verdadero creador, a cada instante, de los valores.

BAIGORRI, CIFUENTES, ORTEGA, PICHEL y TRAPIELLO (1997): *Historia de la Filosofía*. Ediciones Laberinto, pág. 254.

CONCEPTOS FUNDAMENTALES.

Apolíneo y dionisiaco.

Estos conceptos derivan de los dioses griegos Apolo (dios griego del Sol, símbolo de la medida, la armonía y la serenidad) y Dionisio (Dios del vino, símbolo de la pasión y la sensualidad, del ansia de vivir y de la creación artística), a los que Nietzsche contraponen como facetas distintas del espíritu humano. Con el concepto de "apolíneo" Nietzsche hace referencia al componente armónico, luminoso y sereno del espíritu griego, en oposición con el componente pasional y entusiasta, doloroso y oscuro representado por la figura de Dionisio. Dionisio es el dios de la embriaguez y del entusiasmo, del desenfreno pasional. Apolo representa al orden, Dionisio, a lo que desborda al orden.

Así pues, con los conceptos de apolíneo y dionisiaco, Nietzsche está designando dos aspectos contradictorios del alma humana: el espíritu dionisiaco se abandona pasionalmente a sus arrebatos e impulsos. El espíritu apolíneo los canaliza dentro del pensamiento ordenado,

equilibrado armonioso. El espíritu dionisiaco, en suma, impulsa a gozar de la vida, de la sensualidad, del placer carnal. Quien vive dionisiacamente vive apasionadamente la vida, como un juego o una aventura festiva en la que hay que poner los cinco sentidos para vivirla plenamente. El espíritu apolíneo, por contra, lleva a una vida racional y ordenada, armónica y equilibrada.¹

Inocencia del devenir.

En opinión de Nietzsche, la filosofía tradicional ha sentido siempre rechazo al devenir, al carácter cambiante y fluyente de las cosas, persiguiendo ilusoriamente el ideal de una realidad superior que poseyera los caracteres contrarios a los de este mundo cambiante en el que habitamos. Para estos filósofos el carácter fluyente de la realidad, el incesante cambio de todas las cosas, el devenir, en suma, ha sido algo molesto que no coincidía con las características que, según ellos, debería tener la verdadera realidad: inmutabilidad, eternidad, universalidad, etc. Frente a esta actitud de rechazo al devenir y de minusvaloración del mundo sensible, Nietzsche afirma la sola existencia del mundo del devenir y de las apariencias, considerando que no existe más que este mundo, perpetuamente móvil y cambiante, sin que exista ninguna realidad superior a esta, ni ninguna meta ni estado último que sea la culminación del devenir.¹

Del mismo modo, a Nietzsche le parecen errados y falaces los intentos de encontrarle un sentido al devenir, una interpretación verdadera y exclusiva, un modo único de valorar a una realidad que, por esencia, es fluyente y cambiante, multiforme e inabarcable, en nada parecida a esa supuesta "verdadera realidad", de la que desde siempre han hablado los metafísicos y los creyentes. Aceptar que el mundo es tal como se nos aparece y no como a la Razón le gustaría que fuera implica comprender la inocencia del devenir y la vanidad de las pretensiones humanas de hallar verdades y valores absolutos.¹

Moral contranatural.

Es la moral propia de los débiles y resentidos contra la vida, de los que rechazan al cuerpo y sus pasiones, de los que afirman la realidad de un mundo superior por cuya consecución debemos sacrificarnos en esta vida. La moral contranatural surge como contraposición a la moral natural, que es la de los fuertes, la que se basa en la voluntad de poder y la valoración de esta vida -la vida terrenal. La moral contranatural nace del resentimiento que los débiles tienen hacia los fuertes, y pretende hacer de sus defectos (debilidad, cobardía, resignación, etc.) virtud. Toda moral que exija sacrificio y mortificación en esta vida para ganarse otra vida en el más allá es una moral contranatural.¹

Mundo aparente / mundo verdadero.

Con estos conceptos, Nietzsche hace referencia a la división de la realidad en dos mundos establecida por la metafísica y la religión: un mundo superior y verdadero (el mundo de las ideas, el cielo, etc, mundo inmutable y eterno) y un mundo inferior y con un grado de realidad inferior (el mundo sensible, sometido al devenir). Nietzsche considera que debe invertirse esta división y

¹ DOMÍNGUEZ GRAU, y DIAZ, V. (2002): *Introducción a la Historia de la Filosofía. Filosofía Contemporánea*. Editorial Benchomo. La Laguna, Tenerife. (en prensa)

¹ DOMÍNGUEZ GRAU, y DIAZ, V. (2002): *Introducción a la Historia de la Filosofía. Filosofía Contemporánea*. Editorial Benchomo. La Laguna, Tenerife. (en prensa)

considerar mundo verdadero al que hasta ahora se ha considerado como mundo aparente, y mundo falso e inexistente al que hasta ahora ha sido considerado como el superior y verdadero.¹

Nihilismo.

De "nihil", nada. Actitud vital y filosófica que niega todo valor a la existencia, o que hace girar la existencia alrededor de algo inexistente.

La idea nietzscheana del nihilismo es compleja:

1. *Nihilismo como decadencia vital*: para Nietzsche toda cultura que crea en la existencia de una realidad absoluta, realidad en la que se sitúan los valores objetivos de la Verdad y el Bien, es una cultura nihilista. En la medida en que el cristianismo concentra esta realidad absoluta en la figura de Dios, a la que le opone el mundo de las cosas naturales, y en la medida en que, según nuestro autor, dicho mundo "superior" es una pura nada, la cultura cristiana, y en definitiva toda la cultura occidental, es nihilista pues *dirige toda su pasión y esperanzas a algo inexistente* (el Dios cristiano, el Mundo Ideal y Racional de los filósofos), despreciando de modo indirecto la única realidad existente, la realidad del mundo que se ofrece a los sentidos, la realidad de la vida. En "Así habló Zaratustra" representa Nietzsche este modo de mostrarse el espíritu con la figura del *camello*, símbolo de la aceptación resignada de las mayores cargas.
2. *Nihilismo activo*: es también nihilista la filosofía que intenta mostrar cómo los valores dominantes son una pura nada, una invención; la filosofía nietzscheana es nihilista en este sentido pues propone la *destrucción completa de todos los valores* vigentes y su sustitución por otros radicalmente nuevos (propone la "transmutación de todos los valores"). Este nihilismo es una fase necesaria para la aparición de un nuevo momento en la historia de la cultura, para el reencuentro con el "sentido de la tierra", la aparición de una nueva moral y de un nuevo hombre, el superhombre. En "Así habló Zaratustra" representa esta figura del espíritu con la metáfora del *león* (por su agresividad, su capacidad destructiva).
3. *Nihilismo pasivo*: es una de las consecuencias de la "muerte de Dios", aparece por la conciencia del carácter radicalmente infundado de la creencia en lo sobrenatural, de la creencia religiosa en el mundo del espíritu. Durante siglos nuestra cultura ha considerado que los valores descansan en algo trascendente, que existe un ámbito objetivo gracias al cual la existencia tiene sentido. La vida tiene un sentido porque algo exterior a ella se lo da. *Con la muerte de Dios sobreviene la crisis del sentido y el convencimiento de que la existencia es absolutamente insostenible, vacía, carente de sentido. El "nihilista pasivo" no cree en ningún valor, puesto que considera que todo valor es posible sólo si Dios existe, y Dios no existe; termina en la desesperación, la inacción, la renuncia al deseo, el suicidio. En este momento crítico encontramos el nihilismo en la desesperación de los que consideran que nada tiene sentido ni valor por no existir aquello que debería ser el fundamento de todo sentido y valor, Dios. Aquél que dijese que si Dios no existe todo está permitido, aquél que desesperase de la vida y se levantase en contra de ella por considerar que ésta solo puede tener su fundamento en algo ajeno de ella y que dicho fundamento no existe, ese sería también nihilista.*²

Transmutación de valores.

² ECHEGOYEN OLLETA, Javier (1997): *Historia de la Filosofía, vocabulario y ejercicios*, vol. III. Editorial Edinumen, Madrid, pp. 62- 63

Momento necesario para el final de la moral tradicional (o moral de esclavos) y la aparición del superhombre.

Nietzsche no propone vivir sin valores (llega a considerar incluso que esto es imposible); propone más bien *invertir la tabla de valores*: superar la moral occidental, moral de renuncia y resentimiento hacia la vida, mediante una nueva tabla en la que estén situados los valores que supongan un sí radical a la vida.

Con una expresión excesivamente retórica Nietzsche llama "*rebelión de los esclavos*" a la situación que se crea con el triunfo del cristianismo: el cristianismo y el judaísmo sustituyen la moral aristocrática (que Nietzsche cree encontrar en el mundo griego antiguo) por la moral de los esclavos. *Con el cristianismo prospera la moral de los débiles*, de los que quieren huir del rigor de la vida inventándose un mundo objetivo, de reposo, de justicia. Nietzsche nos dice que los judíos invierten el código moral aristócrata: " Han sido los judíos los que, con una consecuencia lógica aterradora, se han atrevido a invertir la identificación aristocrática de los valores (bueno = noble = poderoso = bello = feliz = amado de Dios) y han mantenido con los dientes del odio más abismal (el odio de la impotencia) esa inversión, a saber, los miserables son los buenos; los pobres, los impotentes, los bajos son los únicos buenos; los que sufren, los indigentes, los enfermos, los deformes, son también los únicos piadosos, los únicos benditos de Dios, únicamente para ellos existe la bienaventuranza." ("La genealogía de la moral").

*La transmutación de los valores es la superación de esta moral de esclavos para recuperar de nuevo la moral aristócrata, y permite el triunfo del código moral del superhombre.*³

EL CREPÚSCULO DE LOS ÍDOLOS

La «razón» en la filosofía.

1

¿Me pregunta usted qué cosas son "idiosincrasia" en los filósofos?... Por ejemplo, su falta de sentido histórico, su odio a la noción misma de devenir, su egipcismo. Ellos creen otorgar un *honor* a una cosa cuando la deshistorizan, *sub specie aeterni* [desde la perspectiva de lo eterno], - cuando hacen de ella una momia. Todo lo que los filósofos han venido manejando desde hace milenios fueron momias conceptuales; de sus manos no salió vivo nada real. Matan, rellenan de paja, esos señores idólatras de los conceptos, cuando adoran, - se vuelven mortalmente peligrosos para todo, cuando adoran. La muerte, el cambio, la vejez, así como la procreación y el crecimiento son para ellos objeciones, - incluso refutaciones. Lo que es no *deviene*; lo que deviene no es... Ahora bien, todos ellos creen, incluso con desesperación, en lo que es. Mas como no pueden apoderarse de ello, buscan razones de por qué se les retiene. «Tiene que haber una ilusión, un engaño en el hecho de que no percibamos lo que es: ¿dónde se esconde el engañador? - «Lo tenemos, gritan dichosos, ¡es la sensibilidad! Estos sentidos, *que también en otros aspectos son tan inmorales*, nos engañan acerca del mundo *verdadero*. Moraleja: deshacerse del engaño de los sentidos, del devenir, de la historia [*Historie*], de la mentira, - la historia no es más que fe en los sentidos, fe en la mentira. Moraleja: decir no a todo lo que otorga fe a los sentidos, a todo el resto de la humanidad: todo él es «pueblo». ¡Ser filósofo, ser momia, representar el monótono-teísmo con una mímica de sepulturero! - Y, sobre todo, fuera el *cuerpo*, esa lamentable *idée fixe* (idea fija) de los sentidos! , ¡sujeto a todos los errores de la lógica que existen, refutado, incluso imposible, aun cuando es lo bastante insolente para comportarse como si fuera real! ... »

³ ECHEGOYEN OLLETA, Javier (1997): *Historia de la Filosofía, vocabulario y ejercicios*, vol. III. Editorial Edinumen, Madrid, pp. 70 - 77

2

Pongo a un lado, con gran reverencia, el nombre de Heráclito. Mientras que el resto del pueblo de los filósofos rechazaba el testimonio de los sentidos porque éstos mostraban pluralidad y modificación, él rechazó su testimonio porque mostraban las cosas como si tuviesen duración y unidad. También Heráclito fue injusto con los sentidos. Estos no mienten ni del modo como creen los eleatas ni del modo como creía él, - -no mienten de ninguna manera. Lo que nosotros *hacemos* de su testimonio, eso es lo que introduce la mentira, por ejemplo la mentira de la unidad, la mentira de la coseidad, de la sustancia, de la duración... La «razón» es la causa de que nosotros falseemos el testimonio de los sentidos. Mostrando el devenir, el perecer, el cambio, los sentidos no mienten... Pero Heráclito tendrá eternamente razón al decir que el ser es una ficción vacía. El mundo «aparente» es el único: el «mundo verdadero» no es más que un *añadido mentiroso*...

3

¡Y qué sutiles instrumentos de observación tenemos en nuestros sentidos! Esa nariz, por ejemplo, de la que ningún filósofo ha hablado todavía con veneración y gratitud, es hasta este momento incluso el más delicado de los instrumentos que están a nuestra disposición: es capaz de registrar incluso diferencias mínimas de movimiento que ni siquiera el espectroscopio registra. Hoy nosotros poseemos ciencia exactamente en la medida en que nos hemos decidido a *aceptar* el testimonio de los sentidos, - en que hemos aprendido a seguir aguzándolos, armándolos, pensándolos hasta el final. El resto es un aborto y todavía-no-ciencia: quiero decir, metafísica, teología, psicología, teoría del conocimiento. O ciencia formal, teoría de los signos: como la lógica, y esa lógica aplicada, la matemática. En ellas la realidad no llega a aparecer, ni siquiera como problema; y tampoco como la cuestión de qué valor tiene en general ese convencionalismo de signos que es la lógica.

4

La *otra* idiosincrasia de los filósofos no es menos peligrosa: consiste en confundir lo último y lo primero. Ponen al comienzo, *como* comienzo, lo que viene al final - ¡por desgracia! , ¡pues no debería siquiera venir! - los «conceptos supremos», es decir, los conceptos más generales, los más vacíos, el último humo de la realidad que se evapora. Esto es, una vez más, sólo expresión de su modo de venerar: a lo superior no le es *lícito* provenir de lo inferior, no le es *lícito* provenir de nada... Moraleja: todo lo que es de primer rango tiene que ser *causa sui* (causa de sí mismo). El proceder de algo distinto es considerado como una objeción, como algo que pone en entredicho el valor. Todos los valores supremos son de primer rango, ninguno de los conceptos supremos, lo existente, lo incondicionado, lo bueno, lo verdadero, lo perfecto - ninguno de ellos puede haber devenido, por consiguiente *tiene que ser causa sui*. Mas ninguna de esas cosas puede ser tampoco desigual una de otra, no puede estar en contradicción consigo misma... Con esto tienen los filósofos su estupendo concepto «Dios»... Lo último, lo más tenue, lo más vacío es puesto como lo primero, como causa en sí, como *ens realissimum* (ente realísimo)... ¡Que la humanidad haya tenido que tomar en serio las dolencias cerebrales de unos enfermos tejedores de telarañas! - Y lo ha pagado caro! ...

5

-Contraponamos a esto, por fin, el modo tan distinto como *nosotros* - (digo nosotros por cortesía ...) vemos el problema del error y de la apariencia. En otro tiempo se tomaba la modificación, el cambio, el devenir en general como prueba de apariencia, como signo de que ahí

tiene que haber algo que nos induce a error. Hoy, a la inversa, en la exacta medida en que el prejuicio de la razón nos fuerza a asignar unidad, identidad, duración, sustancia, causa, coseidad, ser, nos vemos en cierto modo cogidos en el error, *necesitados* al error; aun cuando, basándonos en una verificación rigurosa, dentro de nosotros estemos muy seguros de que es ahí donde está el error. Ocurre con esto lo mismo que con los movimientos de una gran constelación: en éstos el error tiene como abogado permanente a nuestro ojo, allí a nuestro *lenguaje*. Por su génesis el lenguaje pertenece a la época de la forma más rudimentaria de psicología: penetramos en un fetichismo grosero cuando adquirimos consciencia de los presupuestos básicos de la metafísica del lenguaje, dicho con claridad: de la *razón*. Ese *fetichismo* ve en todas partes agentes y acciones: cree que la voluntad es la causa en general; cree en el «yo», cree que el yo es un ser, que el yo es una sustancia, y *proyecta* sobre todas las cosas la creencia en la sustancia-yo- así es como *crea* el concepto «cosa»... El ser es añadido con el pensamiento, es *introducido subrepticamente* en todas partes como causa; del concepto «yo» es del que se sigue, como derivado, el concepto «ser»... Al comienzo está ese grande y funesto error de que la voluntad es algo que *produce efectos*, - de que la voluntad es una *facultad*... Hoy sabemos que no es más que una palabra ... Mucho más tarde, en un mundo mil veces más ilustrado, llegó a la consciencia de los filósofos, para su sorpresa, la *seguridad*, la *certeza* subjetiva en el manejo de las categorías de la razón: ellos sacaron la conclusión de que esas categorías no podían proceder de la empiria, - la empiria entera, decían, está, en efecto, en contradicción con ellas. *¿De dónde proceden, pues?* - Y tanto en India como en Grecia se cometió el mismo error: «nosotros tenemos que haber habitado ya alguna vez en un mundo más alto (- en lugar de *en un mundo mucho más bajo*: ¡lo cual habría sido la verdad!), nosotros tenemos que haber sido divinos, ¡*pues* poseemos la razón! »... De hecho, hasta ahora nada ha tenido una fuerza persuasiva más ingenua que el error acerca del ser, tal como fue formulado, por ejemplo, por los eleatas: ¡ese error tiene en favor suyo, en efecto, cada palabra, cada frase que nosotros pronunciamos! -También los adversarios de los eleatas sucumbieron a la seducción de su concepto de ser: entre otros Demócrito, cuando inventó su *átomo*... La «razón» en el lenguaje: ¡oh, qué vieja hembra engañadora! Temo que no vamos a desembarazarnos de Dios porque continuamos creyendo en la gramática...

6

Se me estará agradecido si condenso un conocimiento tan esencial, tan nuevo, en cuatro tesis: así facilito la comprensión, así provocho la contradicción.

Primera tesis. Las razones por las que «este» mundo ha sido calificado de aparente fundamentan, antes bien, su realidad, - otra especie distinta de realidad es absolutamente indemostrable.

Segunda tesis. Los signos distintivos que han sido asignados al «ser verdadero» de las cosas son los signos distintivos del no-ser, de la *nada*, - a base de ponerlo en contradicción con el mundo real es como se ha construido el «mundo verdadero»: un mundo aparente de hecho, en cuanto es meramente una ilusión *óptico-moral*.

Tercera tesis. Inventar fábulas acerca de «otro» mundo distinto de éste no tiene sentido, presuponiendo que no domine en nosotros un instinto de calumnia, de empequeñecimiento, de recelo frente a la vida: en este último caso tomamos *venganza* de la vida con la fantasmagoría de «otra» vida distinta de ésta, «mejor» que ésta.

Cuarta tesis. Dividir el mundo en un mundo «verdadero» y en un mundo «aparente», ya sea al modo del cristianismo, ya sea al modo de Kant (en última instancia, un cristiano *alevoso*), es únicamente una sugestión de la *décadence*, -un síntoma de vida *descendente*... El hecho de

que el artista estime más la apariencia que la realidad no constituye una objeción contra esta tesis. Pues «la apariencia» significa aquí la realidad *una vez más*, sólo que seleccionada, reforzada, corregida... El artista trágico no es un pesimista, - dice precisamente sí incluso a todo lo problemático y terrible, es *dionisiaco*...

Cómo el «mundo verdadero» acabó convirtiéndose en una fábula.

Historia de un error

1. El mundo verdadero, asequible al sabio, al piadoso, al virtuoso, -él vive en ese mundo, *es ese mundo*.

(La forma más antigua de la Idea, relativamente inteligente, simple, convincente. Transcripción de la tesis «yo, Platón, soy la verdad».)

2. El mundo verdadero, inasequible por ahora, pero prometido al sabio, al piadoso, al virtuoso («al pecador que hace penitencia»).

(Progreso de la Idea: ésta se vuelve más sutil, más capciosa, más inaprensible, - *se convierte en una mujer*, se hace cristiana ...)

3. El mundo verdadero, inasequible, indemostrable, imprometible, pero, ya en cuanto pensado, un consuelo, una obligación, un imperativo.

(En el fondo, el viejo sol, pero visto a través de la niebla y el escepticismo; la Idea, sublimizada, pálida, nórdica, königsberguense).

4. El mundo verdadero - ¿inasequible? En todo caso, inalcanzado. Y en cuanto inalcanzado, también *desconocido*. Por consiguiente, tampoco consolador, redentor, obligante: ¿a qué podría obligarnos algo desconocido?...

(Mañana gris. Primer bostezo de la razón. Canto del gallo del positivismo.)

5. El «mundo verdadero» -una Idea que ya no sirve para nada, que ya ni siquiera obliga,- una Idea que se ha vuelto inútil, superflua, *por consiguiente* una Idea refutada: ¡eliminémosla!

(Día claro; desayuno; retorno del *bon sens* [buen sentido] y de la jovialidad; rubor avergonzado de Platón; ruido endiablado de todos los espíritus libres.)

6. Hemos eliminado el mundo verdadero: ¿qué mundo ha quedado?, ¿acaso el aparente?... ¡No!, ¡*al eliminar el mundo verdadero hemos eliminado también el aparente!*

(Mediodía; instante de la sombra más corta; final del error más largo; punto culminante de la humanidad; INCIPIT ZARATHUSTRA [comienza Zarathustra]).

NIETZSCHE, F.: "El crepúsculo de los ídolos" Alianza Editorial, Madrid 1973, pág.45-52.